

La teoría y metodología de la historia conceptual en Reinhart Koselleck

The Theory and Methodology of Conceptual History in Reinhart Koselleck

Alejandro Cheirif Wolosky
17, Instituto de Estudios Críticos,
Universidad Iberoamericana. México
alexcheirif@yahoo.com

Abstract

In this article we shall provide an overview of the theory and methodology of Reinhart Koselleck's conceptual history, basis of the well-known dictionary *Geschichtliche Grundbegriffe* this author wrote with Otto Brunner and Werner Conze. Using texts from German and English language never translated into Spanish, we emphasize topics such as the idea of the polysemic nature of concepts, the notion of a "state of things", the idea of conceptual history understood as a critique of historical sources and as a redefinition of the notion of anachronism, and the distinction between current and past history. In the last section, it is addressed the pivotal topic of the notions space of experience and horizon of expectations.

Key Words

Koselleck, Conceptual history, space of experience, horizon of expectations.

Resumen

El presente artículo presenta una panorámica de la teoría y metodología de la historia conceptual de Reinhart Koselleck, base del conocido diccionario *Geschichtliche Grundbegriffe* que este autor compuso con Otto Brunner y Werner Conze. Utilizando textos en alemán e inglés inéditos en español, ponemos el acento en temas como la idea del carácter polisémico de los conceptos, el concepto de "estado de cosas", la historia conceptual como crítica de fuentes y redefinición de la noción de anacronismo, y la distinción entre historia presente e historia pasada. En la última parte abordamos el tema central de las nociones espacio de experiencia y horizonte de expectativas.

Palabras claves

Koselleck, Historia conceptual, espacio de experiencia, horizonte de expectativas.

Introducción

Si hay una tradición historiográfica que sigue siendo relativamente marginal dentro de los institutos de investigación histórica es sin duda la historia conceptual (*Begriffsgeschichte*). Es cierto que, en sus comienzos, la revista *Annales d'histoire économique et sociale* dedicó una sección al análisis conceptual. De hecho, como dice Reinhart Koselleck, “Lucien Febvre y Marc Bloch consideraban el análisis lingüístico como parte de sus investigaciones históricas”.¹ Sin embargo, la historiografía del siglo XX permaneció relativamente al margen de las proposiciones teóricas y metodológicas – pero también estrictamente historiográficas – de la *Begriffsgeschichte* alemana. A partir de la fundación del *Arbeitskreis moderne Sozialgeschichte* (Grupo de trabajo de historia social moderna) en 1956-1957 y, posteriormente, con la redacción del *Geschichtliche Grundbegriffe: Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland* (Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana, 1972-1997), Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck fundaron y sistematizaron una historia conceptual que hasta hoy es relativamente poco conocida por los historiadores fuera de Alemania.

Este artículo tiene como objeto presentar una síntesis de la teoría y metodología de esta historia conceptual, tal cual ha sido formulada por Reinhart Koselleck. En primer lugar, el artículo analizará la distinción entre el análisis onomástico y el análisis semántico de los conceptos. El análisis semántico se refiere a los distintos significados que un concepto adopta a lo largo del transcurso del tiempo. Por su parte, el análisis onomástico obliga al historiador a situar todos los conceptos dentro de una “sincronía discursiva”. En segundo lugar, el artículo presentará la historia conceptual como construcción de un “estado de cosas”, es decir, el engranaje discursivo que se deriva de la distinción entre una “palabra” y un “concepto”. En tercer lugar, se profundizará en la manera en que la historia conceptual, en tanto método heurístico de crítica de fuentes, es la condición de posibilidad de una historia social que, por antonomasia, no está limitada al análisis de conceptos. En cuarto lugar, el artículo presentará la distinción entre, por un lado, la historia en curso o *in actu* – la historia en el momento en que efectivamente sucede – y, por el otro, la historia pasada o *post-eventum*. Esta última se refiere a la problemática de la narración como condición ineludible de toda representación histórica. Finalmente, el presente trabajo expondrá una síntesis de las dos categorías analíticas centrales de la historia conceptual: el “espacio de experiencia” y el “horizonte de expectativas”. El análisis conceptual que permiten estas categorías heurísticas, como veremos, son la contribución más ingeniosa de Reinhart Koselleck a la teoría historiográfica: la posibilidad de revelar un “orden del tiempo” o un “régimen de historicidad” a través del análisis histórico de conceptos que no se limita a la vieja distinción entre un tiempo lineal cristiano o moderno y un tiempo circular clásico.²

¹ Reinhart Koselleck y otros (dir.), “Einleitung”, *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zu politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, (Stuttgart: Klett et Cotta, 1972-1997, 8 vols.), XXI. La traducción de los textos de Koselleck en lengua alemana de este artículo ha sido realizada por el autor (A.Ch.W).

² Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia* (Barcelona: Editorial Paidós, 2001), 35-36.

Ahora bien, ¿qué es exactamente la *Begriffsgeschichte*? En primer lugar, se trata de una herramienta metodológica que permite a los historiadores delimitar aquello que pertenece, o no, a su campo de investigación. A primera vista parece evidente que la *Begriffsgeschichte* no se ocupa de lo social sino del lenguaje. Por eso Koselleck sugiere que “la historia de los conceptos es una tarea estrictamente historiográfica: se ocupa de la historia de la formación de conceptos, de su utilización y de sus cambios”.³ Su objeto de estudio es en ese sentido el discurso y no, como en el caso de la *Sozialgeschichte*, los acontecimientos del pasado en sí mismos.⁴ Para la *Sozialgeschichte* el discurso es un medio para descifrar los hechos del pasado. Para la *Begriffsgeschichte* el discurso es el objeto de estudio como tal. Sin embargo, la distinción lenguaje/sociedad puede ser una formulación engañosa. La relación entre el lenguaje y lo social es tan estrecha que toda distinción no puede hacerse sino de manera arbitraria y metodológicamente *a posteriori*: el lenguaje y lo social no están por lo tanto separados el uno del otro. En realidad, existe toda una antigua tradición filosófica que se ocupa de esta distinción.⁵ Por lo tanto, la historia conceptual no puede ser concebida únicamente como una historia del discurso. Ahora bien, si la historia conceptual no se limita a la historia de conceptos, ¿en qué consiste entonces? Koselleck propone dos delimitaciones. La primera: “No es una historia del lenguaje”.⁶ Esto es, no es una herramienta de la lingüística o de la filología que se ocupa de aquello que Ferdinand de Saussure llama “lingüística diacrónica.”⁷ La segunda delimitación que propone Koselleck es la siguiente: “Se enfatizan esencialmente los conceptos en los cuales las capacidades de la semántica sobrepasan los términos elementales utilizados en general en el ámbito de la político y lo social”.⁸ En la historia conceptual la palabra y el concepto, aunque vinculados el uno con el otro, son dos entidades diferentes con características claramente diferenciables.

La *Begriffsgeschichte* no es una especialización o una rama de la historia. Aquel que se especializa en historia social o económica delimita su campo de investigación entre las diferentes especializaciones de la historia general. No es el caso de la *Begriffsgeschichte*. “No

³ Reinhart Koselleck, “A Response to Comments on the *Geschichtliche Grundbegriffe*”, en Hartmut Lehman, Melvin Richter, *The Meanings of Historical Terms and Concepts. New Studies on Begriffsgeschichte*, (Washington: German Historical Institute, 1997), 62. Traducción del autor.

⁴ En Alemania el concepto de “*Sozialgeschichte*” o “historia social” puede ser utilizado para referirse a toda historia que no pertenezca al orden de la historia política. Por lo tanto, Koselleck hace de la historia conceptual una herramienta de la historia social. Véase Reinhart Koselleck, “Concepts of Historical Time and Social History” en *The Practice of Conceptual History* (Stanford: Stanford University Press, 2002), 115.

⁵ De cierta manera, Jacques Derrida admite la presencia de esta distinción a lo largo de toda la historia de la filosofía desde Platón. Véase Jacques Derrida, “La structure, le signe et le jeu dans le discours des sciences humaines”, en *L’écriture et la différence* (Paris: Seuil, 1967).

⁶ Reinhart Koselleck y otros (dir.), “Einleitung”, *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zu politisch-sozialen Sprache in Deutschland* (Stuttgart: Klett et Cotta, 1972-1997, 8 vols), XXII.

⁷ De forma clara, Saussure distingue, por un lado, la lingüística sincrónica y, por el otro, la lingüística diacrónica. La primera supone un lenguaje estático y por lo tanto transformado en inmutable con el fin de analizar el juego de semejanzas y diferencias inherentes a todo lenguaje. Por otro lado, la segunda no se ocupa sino de un signo a la vez y de sus modificaciones a lo largo del tiempo. Véase Ferdinand de Saussure, *Cours de linguistique générale*, (Paris: Payot, 1916), cap. 3. Además, la *Geschichtliche Grundbegriffe* fue recibida por la comunidad de lingüistas con escepticismo: sus fundamentos metodológicos y sus premisas teóricas, tales como la distinción entre la palabra y el concepto, así como también la historia de la palabra y la historia del concepto, fueron conminadas inadecuadas. Koselleck hizo referencia a esta cuestión en diferentes artículos. Véase Reinhart Koselleck, *Historische Semantik und Begriffsgeschichte* (Stuttgart: Klett-Cotta, 1993), 43-45 y 74-75.

⁸ Reinhart Koselleck, *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten* (Frankfurt: Verlag Suhrkamp, 1979), 121.

se trata de la usual delimitación de las historias especializadas dentro de la historia general”.⁹ Todo lo contrario. Puesto que la historia conceptual no constituye un fin en sí misma, esta debe ser concebida como una herramienta heurística y metodológica de la investigación histórica. Dicho de otra manera, el análisis conceptual permite esclarecer los procesos políticos, sociales, o culturales a través de sus manifestaciones. La historia conceptual es, para Koselleck, una herramienta metodológica de la *Sozialgeschichte*. Sin embargo, su historia y su clasificación en la escritura de la historia forman parte de su objeto de estudio, y esto en la medida en que esta también pertenece al discurso y utiliza conceptos que pueden ser identificados y sometidos al análisis conceptual.¹⁰

La polisemia: los análisis onomásticos y semánticos

¿Qué es un *Begriff* (concepto)? Según la semiología (pero también la lingüística moderna) todo signo – tal y como fue definido por Ferdinand de Saussure en su *Cours de linguistique Generale* de 1916 – está constituido por la asociación de una imagen acústica (significante) y un concepto (significación): “El signo lingüístico no une la cosa con el nombre, sino un concepto y una imagen acústica”.¹¹ Para Saussure el lenguaje funciona como si fuese un tipo de “diccionario” registrado en el “cerebro humano” que permite unir un significante (una imagen acústica, es decir, el sonido de cualquier palabra pronunciada) con un significado (un concepto). Por ejemplo, el significante “historia” es inmediatamente asociado a un concepto que ha sido registrado en nuestro “cerebro” por una colectividad social, y que nos permite identificar mentalmente su representación. Ahora bien, esta concepción cartesiana y binaria del signo fue rechazada a principios del siglo XX por el semiólogo y filósofo pragmático norteamericano Charles Sanders Peirce, quien propuso una concepción triádica del signo. Eso que Saussure llama “imagen acústica” Peirce lo llama “signo”. Ese signo pasa obligatoriamente por un intérprete que permite unir el “signo” con el “objeto”. Por lo tanto, para Peirce el signo es algo que se encuentra en el lugar de otra cosa, bajo una forma determinada:

El signo se refiere a alguien, es decir, crea en el espíritu de esta persona un signo equivalente, un signo más desarrollado. Ese signo creado es lo que yo llamo intérprete (“*interpretant*”) del primer signo. De tal manera, el signo creado se encuentra en el lugar de la cosa: su objeto. Sin embargo, no lo reemplaza en todos los aspectos, sino únicamente en relación con una idea que yo he llamado la base (“ground”) del *signo*.¹²

Dicho de otra manera, para Peirce el “signo” no es más que la representación de *otra* cosa. Pero este *otro* está representado por el signo, y por tanto permite una interpretación de lo *otro* como algo que está de *más*. Por lo tanto, representar significa, para Peirce, relacionarse de tal manera con el *otro* que, de cierta forma, se reemplaza al otro. Podríamos decir, por ejemplo, que un portavoz, un diputado, un agente, un vicario, un diagrama, un

⁹ *Ibid.*, 122.

¹⁰ De hecho, la historia conceptual ha sido sometida al análisis conceptual. Véase Kari Palonen “An Application of Conceptual History to Itself: From Method to Theory in Reinhart Koselleck’s *Begriffsgeschichte*”, *Finnish Yearbook of Political Thought*, 1 (1997).

¹¹ Ferdinand de Saussure, *Cours de linguistique*, 98. Traducción del autor.

¹² Charles S. Peirce, *Collected Papers* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1897), vol. 2, 228. Traducción del autor.

síntoma, un concepto, un testimonio, representan diferentes cosas, algo “adicional” o “diferente” para cada individuo que lee o escucha.¹³

A pesar de lo dicho hay que insistir en un punto esencial: la *Begriffsgeschichte*, según Koselleck, si bien recupera la formulación del signo de la lingüística, se distingue de ella principalmente por el hecho de que construye conceptos “polisémicos”: “La limitación metodológica de la historia de los conceptos, que se expresa por medio de palabras, exige que justifiquemos la distinción entre las expresiones ‘concept’ y ‘palabra’.”¹⁴ La polisemia significa únicamente la multiplicidad de palabras y de significados en un mismo “concepto”. Koselleck utiliza de esta manera la doble distinción de Saussure, en donde el signo es una totalidad compuesta por un significante y un significado, pero, al mismo tiempo, el concepto es una construcción que rompe con esta doble estructura para proponer en lugar una multiplicidad en tensión permanente. “El método de la historia de los conceptos rompe con el viejo círculo ingenuo que va de la palabra a la cosa y viceversa”.¹⁵ Esta tensión construye una doble multiplicidad. Por un lado, una multiplicidad “semántica”, donde se deben buscar los diferentes significados de una palabra y sus modificaciones en el tiempo. Por otra parte, una multiplicidad “onomástica” donde se trata de construir una multiplicidad que permita comprender la polisemia al interior de la movilidad del discurso. Así pues, un análisis semántico del concepto “historia”, por ejemplo, no es más que la búsqueda de los diferentes significados de este concepto a lo largo del tiempo. Por ejemplo, en el caso de la palabra francesa *histoire* podemos distinguir, por un lado, la definición *subjetiva* de la historia ligada a l’*Historia Magistra Vitae* y al *Ars Historica* del siglo XVII – “Narración de las acciones y de las cosas dignas de memoria”¹⁶ – y, por otra parte, la definición *objetiva* de la *Geschichte* del siglo XIX: “Sucesión de los estados por los que ha pasado un pueblo o un individuo”.¹⁷

Ahora bien, el análisis gramatical no puede limitarse a un análisis semántico. Por un lado, porque ningún concepto permanece fijo en el tiempo, ni desde el punto de vista del significante ni desde el punto de vista de su significado. Y, por el otro, porque todo concepto se sitúa en una *sincronía discursiva* – un encadenamiento lingüístico en cierto tiempo fijo y dado – que cambia de manera asimétrica e irregular a medida que el tiempo pasa. Por ejemplo, para entender las dos grandes corrientes historiográficas del siglo XIX, la “filosofía de la historia” y la “ciencia de la historia”, el historiador está obligado a investigar no solo semánticamente el significado de la palabra “historia”, sino igualmente el significado de palabras como “filosofía” o “ciencia”. Se trata de distinguir el encadenamiento lingüístico de los conceptos en el tiempo: su *sincronía discursiva*. Así, por ejemplo, en el siglo XVIII, según el diccionario de Féraud, “la filosofía abarca la lógica, la metafísica, la moral y la física”.¹⁸ En cambio, a finales del siglo XX el sentido de la palabra “filosofía” no es el mismo. Por lo tanto, el análisis semántico de la palabra “filosofía” en su sincronía discursiva es un *sine qua non* de la comprensión de la “filosofía de la historia”, la cual, al mismo tiempo, constituye una parte fundamental del concepto “historia”. El análisis onomástico no se limita a palabras que tienen una relación directa y evidente con el concepto en cuestión. Es

¹³ *Ibid.*, 273.

¹⁴ Reinhart Koselleck, *Vergangene Zukunft*, 128.

¹⁵ *Ibid.*, 138-139.

¹⁶ *Dictionnaire de l'Académie française* (Paris: J. J. Smits, 1798), 689. Traducción del autor.

¹⁷ *Dictionnaire de l'académie française* (Paris: Hachette, 1932-1935), 431. Traducción del autor.

¹⁸ Jean-François Féraud, *Dictionnaire critique de la langue française* (Paris: France-expansion, 1788), tomo III, 113-114. Traducción del autor.

consecuencia de la investigación misma el encontrar palabras – ya que no pertenecen a la sincronía conceptual de un concepto – que pueden parecer a primera vista que están fuera de los límites de un concepto. Así, por ejemplo, términos como “retórica” o “literatura” no refieren de inmediato al concepto “historia” en el siglo XX. Sin embargo, el análisis semántico de la palabra “retórica” y “literatura” permite delimitar las fronteras del concepto “historia” en el siglo XVII.¹⁹

La *Begriffsgeschichte* como construcción de un “estado de cosas”: la distinción entre la palabra y el concepto

La investigación en historia conceptual consiste, por un lado, en la recuperación de discursos lingüísticamente presentes en documentos históricos y, por el otro, en la edificación de conceptos (como es el caso del concepto “historia”) que permiten explicar realidades o procesos históricos. “Toda historiografía se mueve en dos niveles: por un lado, en el análisis de hechos expresados en documentos históricos y, por el otro, en la reconstrucción de hechos que no están presentes en los documentos históricos más que con la ayuda de ciertos métodos e índices edificados posteriormente”.²⁰ Por lo tanto, la historia conceptual no es más que un juego de diferencias – utilizando la expresión de Derrida – producido por una tensión permanente entre los análisis onomásticos y semánticos. Lo anterior admite una especie de coexistencia dentro de un mismo concepto. Por un lado, un “estado de cosas” y, por el otro, discursos o formulaciones lingüísticas articuladas en el pasado. Ahora bien, la flexibilidad de un concepto es producto de su capacidad para prevenir las modificaciones de los significados de las palabras de manera paralela a las transformaciones del estado de cosas (en donde las palabras pueden permanecer en el tiempo o cambiar). Sin embargo, como dice Koselleck, la historia conceptual no pretende permanecer del lado del lenguaje. Al contrario, es justamente en ese juego de diferencias y en esta tensión permanente entre el análisis de lo onomástico y lo semántico, como la historia conceptual pasa a ser una historia real (*Sachgeschichte*).²¹

Ahora bien, ¿qué distingue a un concepto de una palabra? En primer lugar, los conceptos tienen una multiplicidad de significados que no pueden aislarse unos de otros. “La abundancia de significados provoca que el concepto no pueda ser dividido en diferentes significados posibles”.²² El concepto aparece entonces cuando esta multiplicidad de significados constituye un “estado de cosas” y construye así un “contexto discursivo”: “Un concepto existe solo cuando los significados de los términos singulares que señalan un estado de cosas compartidas se encuentran unidos y son reflejados en ese contexto, más allá de sus simples funciones demostrativas”.²³ Así, por ejemplo, el concepto de “historia” en el siglo XVII no puede ser comprendido sin un análisis de ese “contexto discursivo” que es, en el siglo XVII, la “retórica”. Este es todo un universo discursivo compuesto por conceptos con reglas específicas de utilización, categorías de análisis, objetos de estudio, etc. Y, en segundo lugar, los conceptos y las palabras tienen una reciprocidad particular. Por un lado, las palabras

¹⁹ Véase Reinhart Koselleck, “Geschichte, Historie”, *Geschichtliche Grundbegriffe*, vol. IV, 625-647.

²⁰ Reinhart Koselleck, *Vergangene Zukunft*, 138.

²¹ *Ibid.*, 113.

²² Reinhart Koselleck, “Einleitung”, *Geschichtliche Grundbegriffe*, XXII.

²³ *Ibid.*, XXIII.

pueden formar parte del contexto de significado del concepto y, por el otro, un concepto puede transformarse en palabra sin por lo tanto estar limitado por ella:

El sentido de la palabra remite siempre al significado, ya sea este un razonamiento, un estado de cosas, etc. Y así se vinculan la significación con la palabra, si bien esta se alimenta del contexto, hablado o escrito, y corresponde simultáneamente con la situación a la cual hace alusión. Una palabra se transforma en concepto cuando el contexto de significado en el cual - y por el cual - la palabra es utilizada, accede a la palabra.²⁴

La *Begriffsgeschichte* como método heurístico de crítica de fuentes

“La historia de los conceptos – dice Koselleck – es en primer lugar un método especializado de crítica de fuentes”.²⁵ La crítica de fuentes requiere una comprensión de los conceptos a través de las fronteras conceptuales de su época.²⁶ Pero todo esto implica una crítica de la utilización anacrónica de los conceptos del presente. Por lo tanto, la historia conceptual admite la limitación conceptual, no solamente del pasado sino también del presente. En la medida en la que el presente es un “pasado futuro” (el presente en el futuro será el pasado), este también utiliza conceptos que tienen un significado particular en nuestra época. El presente es entonces potencialmente anacrónico. Por lo tanto, la historia conceptual es, por un lado, una redefinición del anacronismo y, por el otro, una crítica de la antigua historia de las ideas (Arthur O. Lovejoy)²⁷ que admitía la permanencia del significado de los conceptos a lo largo de la historia: “Comenzó como la crítica del traslado de expresiones actuales al pasado tomadas de la vida constitucional, y después continuó a través de la crítica de una historia de las ideas en tanto entidades constantes, solamente expresadas bajo diversas formas históricas, sin jamás cambiar fundamentalmente”.²⁸ De esta manera Koselleck recupera la formulación de Michel de Certeau en su crítica al proceso de “totalización” de la alteridad del pasado en la escritura de la historia.²⁹ En el caso de la historia conceptual, la redefinición del anacronismo es una consecuencia de la investigación historiográfica misma.

Los conceptos del pasado y sus significados deben ser analizados en su relación a los conceptos del presente (en la medida en que las palabras existan). Tomemos el caso de la historia como *género literario* y del concepto “literatura”. El diccionario de Antoine Furetière de 1701 define la palabra *littérature* como “*El conocimiento de los Poetas y los Oradores*” e incluye, bajo esta competencia, “la física, la geometría, y las ciencias duras”.³⁰ En 1762, el diccionario de *l'Académie* define la literatura como “las bellas letras”: “la Gramática, la Elocuencia y la Poesía”.³¹ No es sino hasta la octava edición, la de 1932, cuando el

²⁴ Reinhart Koselleck, “Richtlinien für das Lexikon politisch-sozialer Begriff der Neuzeit”, en *Archiv für Begriffsgeschichte* (Frankfurt: Suhrkamp, 1972), 86.

²⁵ Reinhart Koselleck, *Vergangene Zukunft*, 148.

²⁶ *Ibid.*, 151.

²⁷ Sobre el surgimiento de la historia conceptual como crítica a la historia de las ideas de Arthur A. Lovejoy se puede consultar: Melvin Richter, *The History of Political and Social Concepts. A Critical Introduction* (New York: Oxford University Press, 1995) y Keith Tribe, “The Geschichtliche Grundbegriffe Project: From History of Ideas to Conceptual History”, *Comparative Studies in Society and History*, 31 (1989).

²⁸ Reinhart Koselleck, *Vergangene Zukunft*, 145.

²⁹ Véase Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire* (Paris: Gallimard, 1973), cap. 1.

³⁰ Antoine Furetière, *Dictionnaire universel* (Rotterdam: A. et R. Leers, 1701), 645.

³¹ *Dictionnaire de l'Académie française* (Paris: B. Brunet, 1762), vol. II, 46. Traducción del autor.

diccionario de *l'Académie* presenta su actual definición: “conjunto de producciones literarias...”.³² En esta última ya no encontramos la equivalencia entre literatura y bellas letras.³³ Un análisis conceptual de la palabra “literatura” nos obligaría a someter este concepto a un proceso de “actualización” y a un análisis diacrónico de los significados puesto que, como dice Koselleck, “en sí, las palabras con cierta duración, no constituyen un indicio suficiente de la estabilidad de las realidades”.³⁴ El carácter “anacrónico” del presente, su incapacidad para comprender los significados de conceptos del pasado (como es el caso del concepto literatura), provoca una “conciencia del anacronismo”.³⁵ Podemos entonces distinguir, según Koselleck, tres tipos de conceptos:

Puede tratarse primeramente de conceptos de tradición, tales como aquellos de la teoría constitucional aristotélica, en los cuales el sentido persiste parcialmente y cuyo alcance teórico se puede aún hoy en día verificar empíricamente. Posteriormente podemos registrar los conceptos cuyo contenido ha evolucionado de una manera tan fundamental que, pese a la identidad de un término, los significados son *apenas comparables* y no pueden recuperarse salvo al interior de un plan histórico... Por último, podemos observar la aparición más o menos espontánea de *neologismos*.³⁶

La historia en curso o *in actu* y la historia pasada o *post-eventum*

Una vez admitida la necesidad de situar históricamente (en el tiempo y en el espacio) los conceptos que se dieron a sí mismas las sociedades del pasado, será necesario distinguir, por un lado, la historia en curso o *in actu* y, por el otro, la historia pasada o *post-eventum*. La historia en curso, el momento preciso en que las cosas suceden, no puede ser concebido fuera del lenguaje. Es cierto que existen dominios “extra lingüísticos”. Por ejemplo, los procesos biológicos, geológicos o químicos; en el caso de los procesos sociales, podemos distinguir situaciones o acciones que no dependen del lenguaje: la violencia, las relaciones sexuales, el movimiento del cuerpo, etc. Sin embargo, el hombre, puesto que goza del uso de la palabra, no puede ser concebido fuera del lenguaje. Toda sociedad humana depende de la comunicación lingüística y, por lo tanto, no puede ser concebida sin esta. Ahora bien, como dice Koselleck, “existe todavía una distancia entre la historia en curso y sus condiciones de posibilidad lingüística”.³⁷ Dicho de otra manera, los hechos no se ajustan del todo a sus manifestaciones lingüísticas.

La forma en la que una sociedad determinada representa, por medio del lenguaje, los acontecimientos *in actu* (la experiencia vivida), lo hace ineludiblemente bajo la forma de una tensión permanente entre las palabras y las cosas. Por lo tanto, la distinción entre elementos lingüísticos y no lingüísticos no puede ser verificada *in actu*: siempre es una distinción *a posteriori*: “El lenguaje hablado o el texto leído, el discurso continuo – o no – se enlazan en la consumación actual de los hechos, en un evento que se compondrá siempre de los elementos

³² *Dictionnaire de l'académie française* (Paris, Hachette, 1932-1935), 1361. Traducción del autor.

³³ *Ibid.*

³⁴ Reinhart Koselleck, “Einleitung”, *Geschichtliche Grundbegriffe*, XXVII.

³⁵ Jacques Derrida expuso esta problemática en su crítica a la forma en que Claude Levi-Strauss utiliza los conceptos anacrónicos de “naturaleza” y “cultura”. Véase Jacques Derrida, *L'écriture*, cap. 1.

³⁶ Reinhart Koselleck, “Einleitung”, *Geschichtliche Grundbegriffe*, XXXI.

³⁷ *Ibid.*, XXXIII.

de acción extra-lingüísticos y lingüísticos”.³⁸ La paradoja es que, justo en el momento en que el historiador distingue los elementos lingüísticos de los no lingüísticos, desde el momento en que se sitúa del lado de la historia pasada o *ex-eventu* – es decir del lado del historiador de profesión – también totaliza los hechos y sus representaciones lingüísticas en el lenguaje. De hecho, no es más que por medio del lenguaje como tenemos acceso a los eventos del pasado. Esta *totalización* de los hechos lingüísticos, que se produce en la edificación del relato histórico, transforma la historia *in actu* en historia pasada. Esto implica dos problemáticas opuestas. Por un lado, la escritura del relato o de la narración histórica introduce aquello que el discurso, en tanto totalización de los hechos y del lenguaje, comparte con cualquier otro discurso o acto de escritura, léase la fusión de las palabras y las cosas. Así lo explica Koselleck: “Lo que caracteriza al mito y a los cuentos, al drama, la epopeya y la novela, es que todos ellos presuponen y tematizan la conexión original entre discurso y acción”.³⁹ Por otra parte, la historiografía en tanto ciencia hace una distinción *post-eventum* entre lo que pertenece al discurso y lo que pertenece a los hechos históricos. O, dicho de otra manera, la historia en curso permite distinguir lo sucedido en el pasado de aquello que simplemente se ha dicho o escrito, y, por lo tanto, pertenece únicamente al discurso – discurso que puede hacer alusión tanto al mundo de lo “real” como al mundo de la ficción. Ahora bien, esta distinción que nos permite distinguir los hechos del pasado de los actos discursivos nos permite formular la siguiente hipótesis: Los actos no lingüísticos pertenecen a los “hechos”. Los actos lingüísticos pertenecen a los “hechos discursivos” (no dudamos del hecho de que tal enunciado fue en efecto pronunciado), los cuales pueden, o no, pertenecer a un discurso sobre lo real. Sin embargo, solo mediante el proceso de autenticación y verificación de las fuentes, los hechos discursivos (entre los cuales se encuentra la escritura de la historia misma) pueden llegar a ser un discurso sobre lo real. Como dice Paul Ricoeur, la historia se convierte en un discurso sobre lo real, por un lado, en su deseo de verdad “en todos los niveles de la operación historiográfica” y, por el otro, en el “deseo de fidelidad de la memoria”.⁴⁰ Ahora bien, la diferencia entre historia en curso e historia pasada supone únicamente dos sincronías en el tiempo: un tiempo “congelado” en el pasado y un “presente permanente”. Sin embargo, la historia conceptual necesita pensar el pasado sobre la base de una doble perspectiva teórica: la de la sincronía y la de la diacronía. En palabras de Koselleck:

Desde un punto de vista puramente teórico, toda historia puede ser definida como un presente permanente en el cual están contenidos el pasado y el futuro, o, también, como el entrecruzamiento constante del pasado y el futuro. Esto provocaría la desaparición de todo presente. En el primer caso, en que se hace hincapié sobre la sincronía (...), están contenidas simultáneamente todas las dimensiones temporales. En el segundo caso, en que se destaca la diacronía, la presencia activa de los hombres no tiene, históricamente hablando, ningún campo de acción.⁴¹

La historia conceptual admite la concepción sincrónica en el sentido en que presupone la existencia de hechos que pueden ser concebidos en su “actualidad” (como la aparición de un nuevo concepto). Sin embargo, la historia conceptual admite también la perspectiva diacrónica puesto que ningún concepto aparece de manera aislada, sino que forma parte de las transformaciones lingüísticas y sociales que permiten o provocan la aparición de nuevos

³⁸ *Ibid.*, XXXIV.

³⁹ *Ibid.*, XXVIII.

⁴⁰ Paul Ricoeur, “L’écriture de l’histoire et la représentation du passé”, *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, vol. 55-4, (2000), 747. Traducción del autor.

⁴¹ Reinhart Koselleck, “Einleitung”, *Geschichtliche Grundbegriffe*, XXVII.

conceptos. Así, por ejemplo, la aparición del concepto moderno de “Historia” como categoría ontológica y trascendental debe ser comprendido en el interior de las transformaciones discursivas onomásticas de dicho concepto: primeramente, la crisis de la *retórica* en tanto centro regulador del saber; segundo, la liberación de la literatura del formalismo de las bellas letras; tercero, la aparición de la “filosofía de la historia” en tanto, primero, “historización” de la filosofía y, segundo, construcción filosófica de la *Geschichte*; por último, la aparición de la “ciencia de la historia” y la tendencia a la científicidad como nuevo centro regulador del saber.⁴²

Vemos cómo la aparición de la *Geschichte* no puede limitarse a un análisis semántico del concepto de “historia”: estamos obligados a adentrarnos en el ámbito de las sincronías discursivas y de las modificaciones producidas por el análisis onomástico. Ahora bien, como se ha dicho, las acciones y sus manifestaciones lingüísticas no coinciden de manera precisa; el lenguaje y la realidad influyen el uno sobre el otro y están siempre en una tensión permanente: “como en el terreno de la historia en curso, la distancia entre la acción y el discurso impide en retrospectiva a la ‘realidad’ social de coincidir con su manifestación lingüística. Aun si los actos lingüísticos y los actos efectivos quedan entrelazados en la sincronía (...), la evolución diacrónica (...) no sigue los mismos ritmos ni la misma cronología en la historia « real » que en la historia de los conceptos”.⁴³ Pero es justamente allí donde la historia conceptual va a recuperar, del lado del análisis conceptual, la larga duración. En el ámbito de la historia material y económica, Fernand Braudel identificó, en los años cincuenta, tres momentos en la escritura de la historia: la duración corta, la de los cronistas y los grandes acontecimientos políticos; la duración media de los *interciclos* y de la historia económica; y, finalmente, la larga duración, un tiempo lento y casi inmóvil que permanece más allá de las peripecias políticas. Para Braudel, la larga duración era la única capaz de erigir una diacronía que pudiese transgredir la multiplicidad de diacronías: “Todos los estratos – escribe Braudel – todos los miles de estratos, todas las miles de escisiones del tiempo de la historia, pueden ser comprendidas a partir de esta profundidad, de esta semi-inmovilidad: todo gravita alrededor de ella”.⁴⁴ De esta manera, la larga duración contenía *en ella misma* todas las duraciones y, por lo tanto, todas las diacronías. Se trataba de un pasado denso y moroso que comprendía, por así decirlo, todos los pasados. En el caso de la historia conceptual, y no de la historia económica y material, la proposición de Braudel debe someterse a la “conciencia del anacronismo” propia del análisis conceptual. El análisis exige situar el concepto de larga duración al interior mismo del tiempo histórico.

La evolución lingüística es paralela al movimiento de la historia de larga duración y, por lo tanto, nos permite acercarnos al pasado a través del lenguaje. Cuando un concepto es utilizado, este nos muestra, no solamente la utilización particular del concepto, sino también su contexto lingüístico, su valor semántico, su campo discursivo. Ahora bien, la historia conceptual se distancia de la larga duración, no nada más en aquel “juego de diferencias” – aquella tensión permanente entre las palabras y las cosas – sino también en la problematización de la discontinuidad del presente, en su búsqueda de rupturas y en su

⁴² Véase Alejandro Cheirif Wolosky, “History as Rhetoric, Fable, and Literary Genre”, *International Journal of Arts and Literature*, 2/1 (2014), 13.

⁴³ Reinhart Koselleck, “Einleitung”, *Geschichtliche Grundbegriffe*, XVII.

⁴⁴ Fernand Braudel, “Histoire et sciences sociales: La longue durée”, *Annales ESC*, 13-4 (1958), 734. Traducción del autor.

conciencia del anacronismo. Es justamente esta conciencia de los límites de los modelos del presente, ese presente anacrónico, como lo dice Certeau, “el trabajo del tiempo al interior mismo del saber”.⁴⁵

Espacio de experiencia y horizonte de expectativas

La hipótesis central de la *Geschichtliche Grundbegriffe* es el supuesto de un *Sattelzeit*,⁴⁶ un período situado entre 1750 y 1850 caracterizado por un proceso de aparición de nuevos conceptos políticos y sociales que proyectan un nuevo horizonte de expectativas: la modernidad. Así lo definió Koselleck: “La anticipación teórica del *Sattelzeit* entre 1750 y 1850 indica que en este período el antiguo concepto del tiempo fue desarticulado. El lento declive de las referencias semánticas aristotélicas que indicaban un tiempo histórico natural, repetible y estático es la contraparte negativa de un movimiento que puede ser descrito como el comienzo de la modernidad”.⁴⁷

De una manera más específica, como observa Hans Erich Bödecker, se trata de varios procesos vinculados entre sí: en primer lugar, la singularización de conceptos anteriormente utilizados en plural que tomaron la forma de un singular colectivo (como es el caso de la palabra *Geschichte*). En segundo lugar, el hecho de que ciertos conceptos fueran utilizados para delimitar un horizonte de expectativas, ya no escatológico, sino político (*Politisierung*) e ideológico (*Ideologisierung*). En tercer lugar, un proceso de democratización conceptual (*Demokratisierung*) que provocó que ciertos conceptos aristocráticos fueran difundidos al resto de los diferentes estratos sociales. Finalmente, la aparición de ciertos “conceptos de movimiento” (*Verzeitlichung*) orientados hacia el futuro:⁴⁸ “Desde 1770, antiguas palabras como *democracia, libertad, Estado*, indicaron un nuevo horizonte de futuro”.⁴⁹ Esas transformaciones serían formuladas teóricamente por Koselleck tomando como base la relación entre dos categorías históricas: espacio de experiencia y horizonte de expectativas. Ahora bien, de cierta manera – como señala el propio Koselleck – esos conceptos no son categorías “históricas” sino “antropológicas”. De hecho, los conceptos que pertenecen propiamente a la historia no pueden ser sino aquellos que han sido lingüísticamente articulados en el pasado.

Esta fórmula puede ser aplicada de una manera mucho más general: no podemos constatar la existencia de un hecho en el pasado sin que este haya sido formulado en el pasado en términos conceptuales. En cuanto a las categorías de espacio de experiencia y horizonte de expectativa, se trata de categorías que no forman parte de la historia y que, sin embargo, son

⁴⁵ Michel de Certeau, *Histoire et Psychanalyse entre science et fiction* (Paris: Gallimard, 1987), 18. Traducción del autor.

⁴⁶ Es verdad, sin embargo, que algunos años después de la redacción del *Geschichtliche Grundbegriffe*, Koselleck expresó sus dudas respecto a la utilidad del concepto *Sattelzeit*. Véase Reinhart Koselleck, “A Response to Comments on the *Geschichtliche Grundbegriffe*”, en H. Lehmann y M. Richter, *The Meaning of Historical Terms and Concepts* (Washington: German Historical Institute, 1995), 69.

⁴⁷ Reinhart Koselleck, *The Practice of Conceptual History* (Stanford University Press, 2002), 5. Traducción del autor.

⁴⁸ Hans Erich Bödecker, “Sobre el perfil metodológico de la historia conceptual”, *Historia y Grafía*, 32 (2009): 65.

⁴⁹ *Ibid.*, 66.

la condición de posibilidad de toda historia posible. Ahora bien, el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas, a diferencia de las categorías sintéticas kantianas de espacio y tiempo, no son categorías ontológicas. Son categorías que derivan de la experiencia misma y que delimitan un horizonte de expectativas en torno a las estructuras formales de la ciencia de la historia: “Pues es evidente que las experiencias solo se pueden reunir porque – como experiencias – son repetibles. Así pues, debe haber también estructuras de la historia, formales y a largo plazo, que permitan reunir repetidamente las experiencias”.⁵⁰ Las categorías de espacio de experiencia y horizonte de expectativas permiten, sobre la base de la experiencia misma, pronosticar los cambios y la estabilidad en el largo plazo: “La *Historie* solo puede reconocer lo que cambia continuamente y lo nuevo si está enterada de la procedencia en la que se ocultan las estructuras duraderas”.⁵¹

Ahora bien, ¿qué son la experiencia y la expectativa? La experiencia – tal y como la concibe Koselleck – es una totalización, por medio de la memoria, de las experiencias vividas en el pasado. Dicho de otra manera, la experiencia es la “presencia del pasado” o el pasado hecho presente: “Tiene sentido decir que la experiencia procedente del pasado es espacial, porque está reunida formando una totalidad en la que están simultáneamente presentes muchos estratos del tiempo anteriores, sin dar referencias de su antes ni su después”.⁵² Las experiencias, aun cuando son siempre las mismas, en la medida en que pertenecen a la memoria, se modifican a lo largo del transcurso de las experiencias vividas. De esta manera las experiencias se acumulan en la memoria y se modifican respectivamente. Pero todavía más importante es el hecho de que las experiencias determinan el comportamiento presente y configuran así la posibilidad del futuro. Dicho de otro modo, es debido a que aprendemos del pasado como el pasado se hace presente y nos guía en nuestra acción futura. Así lo formula Koselleck: “Es el espacio de experiencia abierto hacia el futuro el que extiende el horizonte de expectativas.”⁵³ De esta manera la experiencia está unida a la expectativa. No hay expectativa sin experiencia. Las expectativas derivadas de la experiencia no constituyen en sí nuevas experiencias. No es sino hasta que las expectativas se cumplen que aparecen nuevas experiencias. ¿Qué es entonces un horizonte de expectativas? Koselleck lo define como “aquella línea tras la cual se abre, en el futuro, un nuevo espacio de experiencia”.⁵⁴ Ahora bien, no existe una relación de espejo entre el pasado y el futuro. Siempre habrá algo que escape a las expectativas y, por lo tanto, a la experiencia. Inversamente, siempre habrá algo que escape a la experiencia y, por lo tanto, a las expectativas. Koselleck llama a esto una característica “estructural” de la historia: “En la historia sucede siempre algo más o algo menos de lo que está contenido en los datos previos”.⁵⁵ Y ya que el espacio de experiencia no es suficiente para pronosticar el futuro, tampoco puede ser concebido como el equivalente del horizonte de expectativas. La razón de esto es simple: La experiencia, una vez que pertenece a la memoria, debe de ser concebida como una unidad. No es el caso de la expectativa: “La experiencia futura, anticipada como expectativa, se descompone en una infinidad de trayectos temporales diferentes.”⁵⁶ El tiempo histórico – y particularmente el tiempo histórico moderno – no es entonces un tiempo circular: el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas

⁵⁰ Reinhart Koselleck, *Vergangene Zukunft*, 356.

⁵¹ *Ibid.*, 357.

⁵² *Ibid.*, 339. Véase también Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, 38-41.

⁵³ Reinhart Koselleck, *Vergangene Zukunft*, 342.

⁵⁴ *Ibid.*, 340.

⁵⁵ *Ibid.*, 341.

⁵⁶ *Ibid.*, 339.

no son equivalentes. Es más bien la *tensión* entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa lo que delimita el tiempo histórico: “La tensión entre experiencia y expectativa es lo que provoca de manera cada vez diferente nuevas soluciones, empujando de ese modo y desde sí misma al tiempo histórico”.⁵⁷

La tesis de Koselleck es de ese modo la siguiente: “La experiencia y la expectativa son dos categorías adecuadas para tematizar el tiempo histórico por entrecruzar el pasado y el futuro.”⁵⁸ El tiempo histórico – la temporalidad de la historia – está así determinado por la relación inestable entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa. El ejemplo que propone Koselleck es la ejecución de Carlos I durante la revolución de Cromwell. Esta experiencia, quizás el único precedente de la Revolución Francesa, abrió un nuevo horizonte de expectativas cuando, un siglo después, Turgot advirtió a Luis XVI de cuidarse de un destino similar. Es justo en el período que separa esos dos acontecimientos como podemos concebir el surgimiento de un nuevo tiempo: la modernidad (*Neuzeit*). Ahora bien, ¿en qué reside la *Neuzeit*? Se trata, según Koselleck, de un alojamiento progresivo y constante de la experiencia y la expectativa. La *Neuzeit* es una *neue Zeit* (un tiempo nuevo) porque ya no podemos descifrar las expectativas a partir de las experiencias vividas: “Mi tesis es que en la época moderna va aumentando progresivamente la diferencia entre experiencia y expectativa o, más exactamente, que solo se puede concebir la modernidad como un tiempo nuevo desde que las expectativas se han ido alejando cada vez más de las experiencias vividas”.⁵⁹ Es aquí donde debemos distinguir, por un lado, la *Neuzeit* y, por el otro, el tiempo anterior a la Revolución Francesa.

El mundo anterior a la Revolución Francesa era un mundo primordialmente rural. El orden del tiempo invocaba el tiempo armónico de los astros y la naturaleza. La vida cotidiana – centrada en la agricultura – giraba alrededor de los ciclos de la naturaleza. Las expectativas estaban completamente articuladas por las experiencias del pasado, experiencias que, por su parte, eran heredadas de la sabiduría de los ancestros. Las expectativas que no se derivaban de la experiencia – la espera fundamental en la experiencia cristiana es la del final de los tiempos – eran consideradas como parte de la suposición de un “más allá”. Estas no podían, por lo tanto, ser desmentidas por la experiencia. Por un lado, porque entre la frustración de una profecía y otra, el tiempo pasaba, y de esta manera se extendía el ciclo natural de las generaciones. Por otro lado, porque la frustración era la prueba que demostraba que el presagio apocalíptico sería realizado la próxima vez con mayor certitud. La escatología estaba definida por el final de los tiempos en la medida en que las experiencias vividas basadas en el ciclo de la naturaleza se perpetuaban. Esta estructura del tiempo fue alterada por una serie de acontecimientos que tuvieron lugar en los siglos XV y XVI: la sustitución de una estructura social jerárquica (feudal) por una horizontal cuya base pasó a ser el mercado capitalista; la invención de la imprenta, que permitió la interpretación individual de los textos, una lucha contra la interpretación universal impuesta por la Iglesia durante la Edad Media; la Reforma de Lutero, que confirió al individuo la capacidad de dirigirse directamente a Dios y de interpretar libremente los textos sagrados; el Renacimiento, que hizo del arte una obra individual y que recuperó la moral política de los paganos, etc. De esta manera podemos entrever, en los siglos XV y XVI, un nuevo horizonte de expectativas: “Allí donde en el plazo

⁵⁷ *Ibid.*, 342.

⁵⁸ *Ibid.*, 337.

⁵⁹ *Ibid.*, 342-343.

de una generación se rompió el espacio de experiencia, todas las expectativas vacilaron y hubo que provocar nuevas. Desde el Renacimiento y la Reforma, esta tensión desgarradora se fue apoderando cada vez de más capas sociales”.⁶⁰ Ahora bien, para Koselleck no es sino hasta el final del siglo XVIII cuando el nuevo horizonte de expectativas es conceptualizado en un concepto central: “el concepto de *progreso* es el primer concepto genuinamente histórico que ha trasladado la diferencia temporal entre la experiencia y la expectativa a un concepto único.”⁶¹ Sin embargo, es verdad, como lo señala Koselleck, que desde finales del siglo XVII Leibniz formuló el concepto de un progreso mundano: “El *profectus* religioso fue desbancado o sustituido por un *porgressus* mundano”.⁶²

El surgimiento del progreso, de un proceso de *perfeccionamiento* (el concepto francés fue acuñado por Rousseau), está ligado a una serie de acontecimientos: en primer lugar, el horizonte de expectativas ya no se remite a un espacio de experiencia, sino a una asimetría y a una diferencia temporal entre las dos categorías. En segundo lugar, la aparición de la contemporaneidad del pasado, el “pasado presente” o la construcción del anacronismo: “El giro copernicano, la técnica que va surgiendo lentamente, el descubrimiento del globo terráqueo y de sus pueblos, que viven en diferentes etapas de desarrollo o, finalmente, la disolución del mundo estamental por la industria y el capital; todas estas experiencias remitían a la contemporaneidad de lo anacrónico o, al contrario, al anacronismo de lo contemporáneo”.⁶³ En tercer lugar, el surgimiento de la *Geschichte* como concepto singular colectivo, “como totalidad abierta hacia un futuro progresivo”.⁶⁴ A esto se debe aunar la crisis de la *Historia Magistra Vitae* como consecuencia del hecho de que “la historia, temporalizada y procesada hacia una unicidad continua ya no podía enseñarse ejemplarmente”.⁶⁵ Finalmente, la edificación de un concepto que testifica, por un lado, la conciencia de una temporalidad progresiva y, por el otro, la pérdida de la antigua temporalidad: la *aceleración*. “Tanto el progreso sociopolítico como el científico-técnico modifican los ritmos y lapsos del mundo de la vida en virtud de la aceleración”.⁶⁶

La *Geschichtliche Grundbegriffe* es entonces paralela a la hipótesis “antropológica” de Koselleck sobre la asimetría progresiva de las categorías de espacio de experiencia y horizonte de expectativas. Sin embargo, la pregunta fundamental queda abierta: ¿en qué medida estas dos categorías pueden sobrepasar el período para el que fueron construidas? ¿No son acaso una herramienta “antropológica” de un “producto específico”? Dicho de otra manera: ¿cómo pensar la relación entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas para el período posterior a 1850, en que se habrá de cuestionar la vigencia de los conceptos fundamentales del *Sattelzeit*? Koselleck nos da un indicio: “Podría suceder que una antigua determinación relacional vuelva: en tanto la experiencia sea mayor, más cautelosas, pero también más abiertas, serán las expectativas. Más allá de una transformación, se habrá alcanzado entonces el final de la modernidad en el sentido de un progreso incesante”.⁶⁷

⁶⁰ *Idem.*

⁶¹ *Ibid.*, 349.

⁶² *Ibid.*, 345.

⁶³ *Ibid.*, 346.

⁶⁴ *Ibid.*, 348.

⁶⁵ *Ibid.*, 349.

⁶⁶ *Ibid.*, 350.

⁶⁷ *Ibid.*, 356.

Conclusión

El carácter radicalmente inédito e ingenioso de la propuesta historiográfica de Koselleck radica en el vínculo entre, por un lado, el análisis de conceptos históricos – desde una perspectiva que infringe los límites del análisis semántico tradicional – y, por el otro, una escritura de la historia que hace de la experiencia del tiempo una referencia que pasa por la “memoria” y la “expectativa”. La síntesis parcial y selectiva de la teoría y metodología de Koselleck que hemos presentado en este artículo – la distinción entre el análisis onomástico y el análisis semántico, la construcción de un “estado de cosas” que se deriva de la distinción entre el concepto de “palabra” y la noción de “concepto”, la histórica conceptual como crítica de fuentes, la distinción entre historia en curso e historia pasada y, finalmente, la exposición de las categorías de “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativas” – está lejos de ser una exposición íntegra de la teoría koselleckiana. Se trata más bien de un esbozo metodológico que intenta enfatizar el carácter estrictamente “histórico” de la metodología de la historia conceptual. Esto es, se trata de la incitación a una praxis histórica que haga de los documentos históricos la condición de posibilidad de toda representación del pasado. Dicho de otra manera, la teoría y metodología de Koselleck no es un fin en sí mismo. No es un intento por limitar la praxis histórica a una teoría o una especulación filosófica. Más aún, como indica el propio Koselleck, la historia conceptual no tiene como objeto el análisis de los conceptos en sí mismos. La conceptualización metodológica y heurística de la historia conceptual es una herramienta que nos adentra a la praxis histórica misma: la *Sachgeschichte* (historia de lo material) o *Sozialgeschichte* (historia social).

Sin renunciar a la importante tarea de esclarecer y divulgar la teoría y metodología de Koselleck, la principal deuda y laguna de los institutos de investigación histórica en lengua castellana, anglosajona y francesa consiste en traducir los resultados de la investigación histórica de la *Begriffsgeschichte* de Koselleck. De las decenas de conceptos del *Geschichtliche Grundbegriffe* solo uno (*Geschichte/Historie*) ha sido traducido a las lenguas española y francesa. Este hecho mismo muestra que el trabajo de divulgación de la propuesta historiográfica de Koselleck apenas comienza a atisbarse en el horizonte de expectativas.

Profile

The author has a PhD in History from the École des Hautes Études en Sciences Sociales (Paris). His doctoral dissertation devoted to the travels of Christopher Columbus and Alexander von Humboldt was supervised by Professor François Hartog. He is currently a research expert at the Musée Nationale d'Histoire Naturelle in Luxemburg and scholar of the 17, Instituto de Estudios Críticos and the Universidad Iberoamericana (México). His books and articles deal with conceptual history and the history of travels and travellers between Europe and the Americas.

El autor es doctor en Historia por la École des Hautes Études en Sciences Sociales (París). Su tesis doctoral, que versa sobre Cristóbal Colón y Alexander von Humboldt, fue dirigida por el profesor François Hartog. Actualmente es investigador en el Musée Nationale d'Histoire
ISSN 2174-4289

Naturelle en Luxemburgo y académico en el 17, Instituto de Estudios Críticos y en la Universidad Iberoamericana (México). Sus libros y artículos tratan de historia conceptual e historia de viajes y viajeros entre Europa y América.

Fecha de recepción: 21 de diciembre de 2013.

Fecha de aceptación: 26 de febrero de 2014.

Publicado: 30 de junio de 2014.

Para citar este artículo: Alejandro Cheirif Wolosky, “La teoría y metodología de la historia conceptual en Reinhart Koselleck”, *Historiografías*, 7 (enero-junio, 2014): pp. 85-100.

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/7/cheirif.pdf>